

años á buena cuenta. El fin inmediato del mundo no puede estar cifrado en que el hombre ignore, ó apenas brujulee tanteando los inmensurables espacios ocupados por tantas grandezas de esferas: ¿Qué cuenta hacemos de las nebulosas? ¿Qué de la numerosidad casi infinita de seres, cuya existencia ni columbrar ni sospechar puede la humana experiencia? Todo este amontonamiento de cosas, que forzosamente hasta aquí hemos ignorado y tendremos en adelante que ignorar, no es por ninguna razón natural creible se hiciera cabal y próximamente por nuestro respeto y contemplación.

Sabemos, y lo hemos insinuado varias veces, que muchos órdenes de cosas han encaminado el Señor al servicio y utilidad del hombre; mas, ¿cuántas no ha hecho en el mundo sin relación á la criatura racional? Lejos de nuestro pensamiento pretender librar al hombre de la obligación que tiene de glorificar á Dios, y de subir á su conocimiento y amor, haciendo escala de las criaturas sensibles; mas no es el hombre el fin intentado próximamente por Dios en la universal creación. El fin del operante es más amplio que todo eso: el fin de la obra está en que cada criatura, el hombre en particular, y los coros de espirituales inteligencias, procuren y den á Dios gloria, cada cual en su tanto, engrandeciendo sus infinitas perfecciones. Cumpliendo con su propio fin, el sabio contempla y escudriña los cielos, el literato los describe y reviste de formas poéticas, el artista los ilumina y figura, el industrial los explota y utiliza, el hombre piadoso los toma por modelo de orden

<sup>1</sup> Cosmos, año 33, p. 545.

y sumisión, el santo los mira de hito en hito reconociéndolos como gracias del infinito Dador; mas esa gloria y alabanza que por obligación de su fin dan los hombres y las supremas jerarquias al Dios de la majestad, no debe confundirse, dice el citado P. Cornoldi, con el fin de la creación, la cual fué constituida desde el principio en grandioso templo, en que el supremo Autor se complaciese, vista la excelencia de las cosas criadas, y en que ninguna hay que no tenga su lugar determinado y que no conspire al fin principal de toda la fábrica. Dar al mundo material por inmediato fin el hombre ó los supremos espíritus, es como hacer necesaria la creación de ellos, y maniar la libertad de la divina omnipotencia. Desde que Aristóteles escribió: «Todo tiende al hombre en la naturaleza, la humanidad es el fin de los seres», los filósofos hicieron salva á la grandeza del dicho, y perpetuaron en sus escritos su memoria, sin echar de ver cuán confusamente había sentido el Estagirita y hablado de Dios, y cuán arriesgada era en su pluma toda afirmación acerca del hombre: y mucho menos advirtieron que no había tratado de decretar fin al mundo, sino sólo de escribir una cosa muy vulgar, conviene á saber, que el término y grado último de la escala de seres terrestres era el hombre. Es, pues, más justo y razonable afirmar que nuestro discurso natural, si bien alcanza el fin último, que es la gloria divina, como dicho va, no llega con su cortedad á hacer concepto igual del fin inmediato ni con muchas leguas, y que de la lumbre sobrenatural de la fe le ha de requerir y esperar, como en su lugar se dirá.



## CAPÍTULO XXVI.

### LAS ESPECIES VEGETALES.

«Juxta semen suum, cujus semen in semetipso.... semen iuxta genus suum.... secundum speciem suam.»  
(V. 11, 12.)

#### ARTÍCULO I.

La propagación de las especies se denuncia en las palabras del Génesis.—Misterio de la generación vegetal.—No apunta Moisés la manera de esta propagación.—Propónese la controversia sobre las especies vegetales contra los darwinistas.

En estas admirables voces se comprende la generación de las especies vegetales. Manda Dios, y su mandar es hacer que cada planta, cada árbol, cada yerba lleve en sí semilla bastante para propagar su propio organismo, y no otro. La fecundidad de las especies del reino vegetal se anuncia en esta magnífica ley. De los minerales, ¿cuándo se hizo tan honrosa mención? Interpreta este lugar el P. Alávide diciendo: «Produzca la tierra yerba y árbol que pueda dar simiente para propagar su especie, que tenga eficacia para engendrar su semejante por la virtud de la semilla que posee, ó en su fruto, ó en sus hojas, ó en su raíz, ó en sus ramos. Muchas plantas carecen de semilla propiamente tal, como el sauce, la grama, menta, ajo, caña; por semilla tienen cierta virtud propagativa situada en las raíces. Así los santos Basilio y Ambrosio: el fin es para que en muriendo la planta no

falte cómo se propague la especie, y así alcance una cierta inmortalidad y perpetuidad, viviendo siempre y durando su descendencia.» Todo esto es de Alávide.<sup>1</sup>

El erudito Glaire ha pretendido que *lemínó* (למין) se interprete con su semejante, y no según su especie,<sup>2</sup> como vierte la Vulgata. La voz מין, aunque signifique *idea, forma, aspect*, conforme lo pide la raíz מין (*speciem præterdit, præ se tulit*, según Gesenio); pero en la fórmula למין denota aquellos vivientes que pertenecen á una especie, y no solamente individuos que tengan entre sí semejanza, como es de ver en muchos lugares del Viejo Testamento.<sup>3</sup> Sin embargo, en el nuestro la sentencia viene á ser igual; y aun según su especie parece expresión más positiva y determinada. Ello es que en el decir según su especie, intima Dios la ley de la fecundación, y establece la junta de individuos dotados de caracteres comunes, ó de órganos sexuales hábiles para producir, por vía de generación, individuos en un todo semejantes que continúen el linaje dentro

<sup>1</sup> In Genes., chap. 1.

<sup>2</sup> Lexic. hebr.; Genes., p. 9.

<sup>3</sup> Levit., xi, 15.—Deut., xiv, 13.—Ezech., xlvii, 10.—Gen., i, 21.





de la misma especie. Por donde no todas las plantas son indistintamente idóneas para reproducir especies determinadas; ni el clavel fecundiza el rosal, ni el olmo la vid. La generación, por voluntad de Dios, está limitada á términos definidos, á ciertas condiciones, á un número de individuos. Ese número es la especie; la fecundación entre familias diferentes es imposible; entre géneros de una misma, también es muy dudosa; entre especies distintas, es muy difícil; entre las especies más vecinas de un mismo género, si alguna vez se logra cruzamiento artificial, el resultado es al fin la esterilidad en los individuos híbridos.

En esta palabra mosaica se contiene, pues, la generación y el nacimiento de las yerbas, plantas y árboles, y su aptitud orgánica para fundar estirpe. «La especie es divina, exclama el abate Moigno; la especie ha sido objeto inmediato de la creación. Escrito está que cada ser salido de las manos del Hacedor encierra en sí la semilla, el germen, la razón de su reproducción sobre la tierra, y que cada uno se perpetúa según su especie. Fué institución divina, y al par oráculo divino. Cumplióse el oráculo. La fijeza de la especie enseñada por Moisés es un suceso grandioso que hinche y seorea el mundo y confunde á los sabios... es uno de los sucesos más indisputables de la ciencia. ¿Quién no prorrumpirá: aquí está el dedo de Dios?»

Cuán acertadamente hace aquí el sagrado Escritor memoria de la fecundación vegetal lo demuestran las palabras *cujus semen in semetipso sit*. No podía exponer en menos términos y más claros la existencia del principio interno de la generación en los vegetales, y al mismo tiempo la unión de ambos sexos en cada indivi-

<sup>1</sup> Les Splendeurs de la foi, livre II, chap. III.

duo. Para cuya inteligencia es muy de considerar que el fenómeno de la fecundación ha sido siempre un misterio lleno de obscuridad. Plinio, describiendo los sexos de las palmeras, daba á entender que ignoraba hartas cosas en este ramo<sup>1</sup>; ni supieron más que él los posteriores hasta el siglo XVII, en que los botánicos empezaron á entrar en pensamientos más ajustados sobre los sexos de las plantas. Linneo, en el pasado siglo, dió de este misterio más cabal noticia. Transcurrió un siglo entero hasta que el inmortal Brogniart (1826) descubriese la penetración del tubo polínico en el estilo hasta el ovario, y de ahí al saco embrionario: es decir, que hasta miles de años después de Moisés no han caído los naturalistas en la cuenta del hondo misterio encerrado en la palabra escritural. ¿Había Moisés antevisto la existencia de los dos sexos en el reino de las plantas? En las que los poseen ambos, á una, los estambres lanzan su polvillo cuando los pistilos están dispuestos á darle entrada; en las que tienen cada cual su sexo, el aire, los pájaros, las abejas, mariposas y otros insectos tienen cuidado, disponiéndolo así Dios, de transportar el polen á la distancia conveniente para que quede fecundada la planta. Ello es que todas poseen en sí mismas la semilla con que propagarse, ó si quiera medios con que llevar adelante la propagación, triunfando el misterioso *cujus semen in semetipso sit* de todas las ignorancias y descuidos de la humana industria.

Sin embargo, demos su lugar á la verdad de las cosas. Porque si con estudio entramos en el último sentido de la letra bíblica, veremos luego que la doctrina de más bulto que quiere aquí Moisés insinuar es cómo las plantas y los árboles, y toda la extensión del

<sup>1</sup> Lib. XIII, cap. VII.

reino vegetal, fué obra del poder infinito de Dios. Esta era la importante lección que quería dar á su pueblo, porque, como dicho está, no tanto anhela instruirle en las obras de la creación, cuanto adoctrinarle y sólidamente enterarle de la divina potencia obradora de tantos prodigios. Al expresar la fundación de este reino, ni determina el número de las especies, ni traza el artificio que habían de usar los vegetales en el perpetuarse. Sea que de unas pocas plantas se originasen después las sin número que la paleontología registra en sus archivos, sea que las primeras se transformasen saltando de especies en especies, y produjesen la infinita variedad que nos asombra y espanta, la sagrada Escritura dejó franco el campo á la discusión; y por consiguiente todo sistema inventado para explicar, ora la manera de propagación, ora el número de las primeras especies, no tiene oposición con la palabra divina. Así como pudo el Señor haber criado de una vez todas las especies en estado perfecto, según lo pensaron muchos Escolásticos y Padres antiguos; así pudo también haber sacado á luz unas pocas, dándoles facultad de engendrar prodigiosamente la admirable variedad de todas. Siguiendo este sentir el Doctor Reusch, dice: «Yo no me avengo bien con las quejas de aquellos que ven en la teoría de Darwin el empeño de dar en tierra con la autoridad de la Biblia. Nada hay en esa teoría que pueda desdorar la dignidad de las Escrituras. Yo no desapruébo lo que dice Darwin en otro lugar, cuando asienta que las opiniones que sigue no lastiman las convicciones religiosas de nadie.» Hasta aquí el Dr. Reusch<sup>1</sup>.

Además, nuestra santa Iglesia católica, que vela solícita por la entereza del depósito de la fe, nada prescribe

<sup>1</sup> La Bible et la nature, leçon XLVI.

<sup>2</sup> P. CORLUVY: Spicilegium, vol. I, p. 198.

acerca de estas cuestiones, dejándolas á las disputas de los sabios. Si el reino vegetativo fué creación inmediata, ó si fué efecto de las leyes primordiales, ó si fué resultado del sucesivo desenvolvimiento de unos pocos individuos, son controversias que juzga la Iglesia santa ajenas de su fin sobrenatural, con tal que confesemos que la mano de Dios anduvo metida en la fundación de este reino, como anuncia el divino Escritor.

Á la ciencia natural de consuno con la filosofía cumple, pues, declarar con qué linaje de vegetales, y por qué trámites vino á constituirse este riquísimo reino. Aunque leyendo el Génesis parezca resaltar á los ojos que Dios crió abundancia de vegetación, y que admitir un solo vegetal de cada especie diversa fuera interpretación gratuita, tanto como suponerlos todos perfectamente crecidos; todavía dentro de aquellas concisas palabras, cabe, á no dudarlo, un sentido más ceñido, ó, por mejor decir, una vegetación primitiva de alguna consideración en especies y en individuos. En este caso, Dios crió varias plantas de cada especie en el mar y en la tierra, y se multiplicaron sin traspasar la raya de sus límites estroféuticos; la multiplicación, favorecida de las circunstancias locales, atmosféricas y geológicas, ocasionó razas sin número; y las razas se extendieron colimadamente y se perpetuaron hasta nosotros, no sin perder la vida muchas de ellas por las inclemencias del cielo, en tanto que otras inmortalizaban las propiedades esenciales de que las dotara la mano del sumo Hacedor. Así duraron por tantos siglos las especies primitivas en una perfecta inmutabilidad, á vueltas de las infinitas razas y variedades que las hermocean y adornan.

Aquí entra la cuestión tan debatida en nuestro tiempo: ¿las que llamamos nosotros especies vegetales, real y



verdaderamente lo son? ¿No es más justo pregonarlas por variedades que andando los siglos fueron apareciendo, y se deben reducir á pocos tipos fundamentales por las afinidades que tienen entre sí? Lamarck, Vogt, Büchner, que hicieron mudadiza y contingente la generación de los animales, tratando de los vegetales dan por averiguado que una planta engendró de un golpe y súbitamente sin más preámbulos otra de diversa índole, ésta otra, y así la numerosa muchedumbre de todas; y aunque no se explican con tanta claridad, no dudan haber sido factible semejante manera de propagación. Otros, empero, no tan osados, que vieron luego los precipicios al ojo, imaginaron otra transformación más lenta y gradual, suponiendo muchos medios, y variadas coyunturas, y alteraciones diversas, hasta que al fin, tras de ir en progreso la diferencia de formas, llegó el hehecho, por ejemplo, á tener por descendiente en línea recta los cedros y las encinas.

Para Carlos Darwin, empero, estaba guardada la tarea de publicar en alta voz *El origen de las especies*, obra impresa en Inglaterra en 1859; y decretar que cuatro ó cinco tipos primitivos eran bastantes, y aun uno solo, para propagar todos los vegetales habidos y por haber. Esta hipótesis del transformismo derriba por el suelo la inmutabilidad de la especie, y hace que todo el reino vegetal pertenezca á un mismo árbol genealógico, como acontece con los hombres, que descendemos de Adán. De muchas y contrarias maneras han juzgado los naturalistas la hipótesis darwinica. Baer por una parte confiesa que «cuantas veces leía la obra de Darwin, otras tantas se sentía impelido á darla de mano»; por otra Brown declara que «con ser ella inde-

mostrable teoría, era al par irrefutable y cercada de dificultades»: por un lado Huxley la condenaba por insuficiente para dar razón de ciertos fenómenos de hibridismo; por otro, Vogt la miraba con predilección, porque le bastaba al blasfemo para explicarlo todo sin el auxilio del Criador. Si así sentenciaban y maltrataban la enseñanza aquellos mismos que tenían más obligación de realzarla y hacerla valer, ¿con qué ojos la mirarían sus propios adversarios?

#### ARTÍCULO II.

Los transformistas han sido más cuerdos en el tratar de los vegetales que de los animales.—Las criptógamas paleozoicas, el imperio de las gimnospermas secundarias y las angiospermas terciarias desmienten la hipótesis transformista.—Razones y autoridades.

**P**Ocas teorías han causado, como ésta, tanto estruendo en el teatro de las ciencias. Aunque todo el edificio tiene por base la mutabilidad de la especie, resumiendo toda la divergencia de tipos en puras variedades difíciles de definir, preciso es confesar que sus autores primero vieron en sueños y pintada en su fantástica tanta lindeza, antes de divisarla estampada en la realidad de las cosas; no acreditándose en ello de verdaderos filósofos, á quienes cumple fundar en principios la realidad de lo que ven, no soñarla y fantasearla para ostentarla más galana. Pero tocante á los vegetales, se han andado ellos más remirados; no podía su ingenio espaciarse con entera libertad. En este reino en particular cabe menos la ficción que en el reino animal. La paleontología animal puede alargarse á ofrecernos á la vista los tejidos sólidos y parte huesosa de los organismos, guardando alto silencio sobre los tejidos blandos, y ocultando los aparatos de respiración, digestión, circulación,

reproducción; empero la paleontología vegetal guarda en sus archivos los tejidos de muchas plantas enteramente conservados, los órganos de reproducción perfectamente intactos, y otras prendas de la naturaleza orgánica que nos ponen ante los ojos el ser mismo vegetal en su propia figura; y si estamos muy lejos de tener cabal noticia de todas las especies de la flora primitiva, como decíamos antes, es hacedero, aunque cueste, por las conocidas rastrear los progresos de su formación, y demostrar cuán ninguna razón tiene para ufanarse el celebrado transformismo.

Para que esta hipótesis fuese de algún valor, era fuerza presuponer que agentes hoy día desconocidos obraron portentosos efectos en aquellas remotas edades: sin esta suposición se cae de su propio peso el castillo encantado de Darwin. Porque unas mismas causas darán siempre igual resultado en mayor ó menor intensidad; mas nunca lograron trastornar las cosas de arte que las mudanzas sean de raíz y de orden esencialmente otro. Primero fenecerán los organismos que hacer transformaciones esenciales. Si alteraciones hay, serán en la forma y accidentes; no en la substancia, ni en toda dirección, ni por siempre, ni radicalmente: la criptógama engendrará criptógamas, el pino pinos, la encina encinas, jamás una fanerógama procederá de un helecho, ni de una palmera una dicotiledónea.

Pues en estas edades primarias ofreciese luego fucóideas, licopodiáceas, equisetáceas, helechos, pocas especies en verdad, riquísimas de individuos. Bosques inmensos poblaban las formas arborescentes de los terrenos paleozoicos; mas de improviso, en el pérmico, cual si se agotaran las fuerzas vegetativas, para y se cercena la generación, y amanece con la aurora trágica una vegetación tan nueva y dife-

rente de la fenecida, que Brogniart la llamó «principio del reino de las gimnospermas». En efecto: «las licópodos, dice Williamson, y las calamitas disformes desaparecen del todo, ó son tan tristemente figuradas, que ya no bastan á calificar el país: los helechos alombran el suelo con sus ramas copudas y bajas; empero los bosques se reducen á solas plantas coníferas y cicadáceas entrecriadas con otras que insinúan quizá el advenimiento del tipo de las monocotiledóneas».

En esta segunda edad se efectúa notable mudanza en las plantas de la primera: las licópodos merman en número y grandeza, interin las equisetáceas prosiguen con tesón, y aun en parajes muestran vigor y abundancia. Las angiospermas son las que más ufanía ostentan con sus ramilletes de flores; alzándose luego las primeras formas de monocotiledóneas, abren camino á los escuadrones de dicotiledóneas angiospermas, y entre campos inmensos de erguidas palmeras gallardean los frutales de esta tercera edad, y extienden por doquier su hermosa y fecundísima prosapia, embalsamando los aires con la suavidad de sus aromas. Por estas vicisitudes corrió la flora en estas tres principales edades.

Mas para llevar adelante nuestro propósito, baste traer el ejemplo de las licopodiáceas y advertir por qué pasos anduvo en todo el tiempo primario. En el silúrico, según lo notó el Dr. Dawson, esta casta de plantas ofrece un grado perfecto de organización criptogámica; en el devónico compone una magnífica flora silvestre; en el carbonífero alcanza mucho más elevada forma que sus congéneres actuales en la grandeza y estructura interior. Pues á esta poderosa familia, que crecía pujante y amenazaba pasar la raya y entrar en otra más noble esfera, le aconteció que, después de haciera alzado pendón y paseádole en



triunfo por los campos del período carbonífero, vino á menos, bastardeó, pasó á peor y casi se desvaneció del todo, ó llegó á nosotros tan extenuada y sin vida, que apenas los ojos la ven, y si la ven, tienen en muy poca cosa sus abatidas especies. Ya en el pérmico desdecía de su primera nobleza; en el triásico raras son ya y desmayadas sus formas; en el terciario ciertas licópodos acá y allí esparcidas traen á la memoria su antiguo poderío. De esta suerte las licopodiáceas, en todo el decurso de la época primaria, crecen, cunden, se encumbran y multiplican sus razas sin salir del tipo principal; luego presto desmerecen, se nos van de los ojos, casi se extrañan del reino, y si quedan algunos géneros, son mequinos y bastardos. Lo dicho de este grupo podríamos apuntar de la chusma de equisetáceas, que también fué acabando por grados, hasta fenecer del todo, y desaparecer de la flora terrestre. Muy al revés, los helechos han conservado en su frescura los caracteres típicos de la edad devónica, habiendo en la carbonífera retenido sin mudanza el mismo semblante que siempre. Las cicádeas, ni más ni menos, se mostraron en la época secundaria en grande copia, multiplicáronse después y llenaron la tierra, durando hasta nuestros tiempos.

Á ser verdad el supuesto de Darwin, que en cada momento del día está la naturaleza empleada en alterar los seres organizados, haciéndolos saltar la valla de sus propias especies, resultaría que hubiera crecido la multitud de formas específicas en progresión geométrica desde el período cámbrico hasta el actual, pues constantemente y en progresión geométrica aumentarían las modificaciones de los individuos; y si esto es así, tendríamos en el pérmico y en el triásico, aplicando la fórmula algebraica del aumento de población, un número de especies vegeta-

les sin ninguna comparación mucho mayor que el de especies carboníferas; y cuanto mayor fuere la duración, más en aumento irá el número de las especies, como agudamente lo demuestra el Dr. Pfaff<sup>1</sup>. Consecuencia enteramente contraria á la realidad de las cosas; pues el carbonífero es más rico de especies que el pérmico y jurásico.

¿Cómo, pues, explicar estos rarísimos efectos? ¿Cómo es posible admitir que las criptógamas paleozoicas se transmudasen despacio, dando origen á innumerables figuras de condición siempre más perfecta? ¿No son á miles los hechos que claman contra esa suposición? Porque unas plantas se quedan en su perfección, otras degeneran de ella, otras pierden su vigor, otras caen y no retoñan más, otras aspiran á más alto primor en el ser del organismo. Y adviértase este punto: los terrenos arcaicos abarcan una extensión y hondura de más de 50 kilómetros de espesor; al revés, los secundarios, terciarios y cuaternarios, apenas miden por junto 20 solos kilómetros. Lo cual significa cuán holgado espacio tuvo para crecer la vida orgánica en aquel período, y cuántas coyunturas para medrar le proporcionaron aquellos grandes trastornos. Siendo así, ¿cómo en larguísimo siglos se multiplicaron tan poco los tipos y se quedaron tan reducidas sus formas? ¿Es creíble que si por transformación procedían unas de otras, las criptógamas no dieran entonces un paso más y se volvieran fanerógamas?

El sistema de la mutabilidad de las especies no sirve para declarar el rápido desenvolvimiento de los árboles terciarios, así como tampoco resuelve los enigmas de las plantas antecedentes. Ni es lógico alegar la escasez de terrenos explotados, ni decir que no se han conservado los restos más

<sup>1</sup> Historia de la creación, p. 669.

antiguos; ninguna buena razón es de peso á los ojos de la paleontología para dar cabo á la extraordinaria multiplicación de las formas terciarias tras la pobreza de tipos y la sencilla organización de las paleozoicas. Demuestren si no los contrarios de dónde y cómo nacieron las cicádeas de la edad mesozoica; qué parentesco tienen con las primitivas plantas; qué disposiciones y aparatos poseían aquellos helechos, algas, hongos, para convertirse en cedros y pinos, y éstos en nogales, higueras y manzanos; qué delicadeza echa de ver el ojo diestro del botánico en la forma de su organización; en qué sazón pudieron desnudarse de sus propiedades y revestir otras nuevas; dónde está el paso, el nudo, el término y fin de la especie que fenecer, y el principio de la especie que amanece. Unas plantas pierden la vida, otras la immortalizan, otras la estrenan y continúan reinando hasta nuestros días: ¿quién alcanza el hilo de estos laberintos?

Por más que digan que toda la vegetación deriva, como de fuente vital, de las primeras criptógamas vasculares, que, merced á locales circunstancias, hubieron de mudar de ser, y producir las especies entreveradas de los terrenos paleozoicos, no ponen de manifiesto con razones concluyentes quién engendró las especies flamantes de los terrenos secundarios, ni de dónde salieron aquellos tipos esencialmente diversos, ni cómo fué posible que la forma criptogámica diese tantas vueltas que tornase del todo fanerogámica. Si estuvo eso en lo posible, será menester confesar que un solo protoplasma pudo cambiarse con tantos altibajos en cepa de todo el reino vegetal. Y si así fué, ¿cómo vemos que algunas criptógamas han sobrevivido sin que se les pegase el cambio? Luego, ó no hay razón para admitir las formas nuevas, ó no tienen las antiguas razón de ser,

sino es que concedamos que unos organismos se quedaron inmóviles y en su estado y perfección, interin otros anduvieron con aquellas veces de poco asiento mudando semblantes á cada coyuntura. Y si esto les damos á los transformistas, tendrán ellos que concedernos que hubo á la vez tipos progresivos, tipos retrógrados y tipos inmutables. Y si esto admiten ellos, ¿cómo se nos escapan? ¿Dónde han hallado las probanzas de su dicho? ¿Acaso en los períodos paleozoicos? Ninguna señal dan los tipos de cambios en mejor. ¿Acaso en el carbonífero, que es el más rico de vegetales? Ningún rastro se ha descubierto en él de monocotiledónea, ni siquiera sombra de ella. ¿En qué excavación hullera han desenterrado una sola planta florífera, siendo tan sin número los veneros explotados hasta el presente? ¿Cómo han sido tan malaventurados los paleontólogos, que en ninguna parte del mundo han tropezado en los ejemplares imaginados por los transformistas? «Tenemos, dice Williamson, pruebas gravísimas de que las dicotiledóneas no existían en la edad paleozoica; y debemos dudar del todo que las plantas que echan flor, sea cual fuere su especie, hayan reinado en aquella sazón sobre la tierra.» Y en otra parte: «Solamente podemos concluir, dice este naturalista despues de emplear cuarenta años estudiando terrenos fosilíferos, que esta pasmosa explosión genética que caracteriza la edad terciaria era debida á algún factor desconocido, que obró á la sazón con una energía no experimentada antes por la tierra como despues la sintió. El conocimiento del tal factor es un elemento indispensable para perfeccionar nuestra filosofía natural: y mientras no le alcancemos, infinitas cosas quedarán por explicarse, al menos tocante á la vegetación primitiva.»

<sup>1</sup> *Revue scientíf.*, 1875, p. 1068.



¿Qué concluir de aquí? Que en todo el decurso de la época primaria, desde el cámbrico hasta el pérmico, la vegetación dura exenta de variaciones, es firme en su condición criptogámica, las mismas propiedades conserva, los mismos tipos cría, las mismas especies engendra, no obstante la larga hilera de siglos, y las inclemencias geológicas, y las vicisitudes atmosféricas, y el trastorno de los continentes, y la alteración en el tempero del suelo. Muy mala cuenta dan los darwinistas del reino vegetal en las edades antiguas, si no es acudiendo al bordón de suposiciones gratuitas y sin fundamento imaginadas.

Sirva de confirmación de lo dicho la respuesta dada por el naturalista Naudin á una consulta que el abate Moigno refiere haberle hecho sobre la inteligencia de aquella ley de Moisés: «No siembres en tu campo semillas revueltas». «La interpretación, dice Naudin, quizá más ajustada al intento de Moisés estriba en aquel principio, que no conviene mezclar en las sementeras granos de razas y variedades diferentes, porque estando juntas y floreciendo á una las razas, se alterarían por cruzamiento y en breves generaciones perderían sus propias cualidades; fuera de que esto podría dar ocasión á fraudes comerciales. Moisés conocía, á no dudar, la sexualidad de las plantas, mayormente las cultivadas en Egipto y en Oriente: muy verosímil es que también conociese, ó al menos barruntase, la diversidad de sexos en los cereales, y aun también en todo el reino vegetal. Esto supuesto, la ley de Moisés por sí misma se autoriza. Además del sentido dicho, pareceme que podría dársele otro más elevado é importante. Tal vez quiso Moisés, con el símbolo de mezcla de granos, significar á los hebreos cuánto importaba no mezclar

<sup>1</sup> Levit., ix, 19.

se con las naciones idólatras y corrompidas que los rodeaban. Á la manera que las especies vegetales degeneran en cruzándose entre sí, también el pueblo hebreo, depositario de los dogmas esencialísimos de la religión y de la moral, se hubiera disipado sin falta, dejando perecer los gérmenes virtuosos en su confusión con los pueblos idólatras. Este creo yo que fué el principal intento de Moisés: que la cuestión agrícola, estando y todo tan perfectamente fundada, era sólo secundaria. Hasta aquí el naturalista, cuyo dictamen demuestra cuán cuidadosamente empleaba Moisés sus conocimientos naturales, y cuánta admiración debe causar en los modernos escudriñadores de la ciencia el tino que se encierra en la letra de los Libros sagrados.

### ARTÍCULO III.

Doctrina de santo Tomás sobre la estabilidad de las especies en común. — La de san Agustín, aprobada por santo Tomás, no favorece á los transformistas. — Nociones de la especie en general. — Aplicación á los vegetales.

**L**AMEMOS á consulta las luces de los grandes ingenios. Santo Tomás, que era tan atento observador cuan profundo filósofo, diferenciaba cuidadosamente las razas de las especies, y enseñaba que si las razas pueden nacer y propagarse entre individuos de una especie, no así especies diversas entre sí, porque no hay manera de emparentarlas unas con otras. «La naturaleza, dice, procede al logro de sus efectos por medios determinados: los individuos que nacen de semilla, no pueden sin semilla ser engendrados. Y en la primera institución de las cosas el principio activo fué la palabra de Dios, que de la materia elemental procreó los animales». Y filosofando sobre los apetitos

<sup>1</sup> I p., q. lxxi, a. 1.

de los vivientes, descubrió estas dos incontrastables propensiones, la una á conservarse, la otra á propagarse; es á saber, á conservar la especie mediante la generación. Y así, dice: «La naturaleza criada tiene un principio determinado; y siendo ordenada á una cosa posee también su determinado procedimiento, y de determinada materia produce algo de determinada especie». En estas magistrales sentencias funda el santo Doctor la estabilidad de las especies y derrueca por tierra el principio de los transformistas.

Más de frente aún le atropella y quebranta diciendo: «Es natural en cada uno el deseo de conservar su ser, y no le conservaría si se mudase en otra naturaleza; y por esto ninguna cosa, puesta en un grado inferior de naturaleza, puede apetecer el grado de una naturaleza superior, como el jumento no apetece ser caballo. Mas en esto cabe ilusión de fantasía; porque el hombre apetece más alto puesto en cosas accidentales y mudables; luego se cree que pueda apetecer grado mayor de naturaleza, y no podría alcanzarle sin dejar de ser lo que es». Aquí nota el Angélico de fantástico el sistema de aquellos que, admitiendo mutabilidad en la especie, se arrojan á enseñar un transformismo progresivo de una especie en otra; y no advierten que su donosa manera de conceptuar no se funda en realidad de hechos, sino sólo en analogías y cavilaciones. Porque es doctrina, en mil lugares repetida, del Angélico, que cada individuo engendra su semejante, como quiera que el fin de la generación y el intento apetecido del generante es perpetuar su nombre en sus descendientes.

La enseñanza de santo Tomás no es otra que la de san Agustín, su maestro

y guía. Hablando particularmente del reino vegetal, enseñó san Agustín que todas las plantas fueron producidas *causaliter*, dando Dios en el acto virtud á la tierra para producir en adelante yerbas y árboles. No consistente el Santo que Dios otorgase á una semilla facultad para engendrar toda suerte de plantas, ni á una planta toda suerte de especies: sólo opina que Dios, echando como las semillas de la universal generación, mandó que por muchas vueltas de siglos cada planta, siendo firme en su ser, fuese dando de sí individuos semejantes, que ampliasen y extendiesen la hermosura de su condición. La metamorfosis de san Agustín no es de especie en especie, sino de individuo en individuo dentro de la misma especie. Porque en muchos lugares de sus obras repite que los seres organizados fueron producidos por Dios en el principio de la creación *potencialmente*, y según las razones *seminales*, como más arriba queda dicho. Engañáanse los que le hacen partidario de la mutabilidad de las especies. Lean lo que escribe en su magistral obra sobre el *Génesis á la letra*: «Los elementos de este mundo corpóreo tienen limitada su fuerza y cualidad, y cada uno lleva marcado lo que puede ó no puede, y qué cosa de cada cuál puede hacerse ó no hacerse. De estos como principios, todas las que se engendran toman á su tiempo origen y progreso, y fin y remate de su linaje. De donde resulta que de un grano de trigo no nacen habas, ni de habas trigo, ni de ganado hombres, ni de hombres ganado. Luego uno es el modo que tiene de germinar esta yerba, otro aquélla; y una la edad de parir, y otra no tal; y habla el hombre, y el bruto no. Las razones de estos y semejantes estilos no están solamente en Dios, no; sino

<sup>1</sup> I p., q. xcii, a. 2.

<sup>2</sup> I p., q. lxxiii, a. 3.

<sup>3</sup> De Potentia, q. iii, a. 9.

<sup>1</sup> De Genes. ad litt., l. v, cap. vi.

<sup>2</sup> Cap. xxiii, art. iii.

<sup>3</sup> L. ix, cap. xvi.



que Él mismo las comunicó á las cosas criadas, y juntamente con ellas las crió. Pero que un palo cortado, seco, liso, sin raíz, sin tierra, sin agua, florezca de repente y fructifique, que hable la burra, y dé á luz la estéril, y cosas semejantes, no son efectos de suyo naturales; pero con todo, son producidos en naturalezas que están sujetas á una voluntad superior y más poderosa. Todo esto es de san Agustín. ¿Qué alegrarán aquí los discípulos de Darwin que favorezca sus opiniones? porque no dice el Santo cosa que de lejos suene á transformismo, ni hay transformista que pueda abrigarse con la autoridad del obispo de Hipona, para amparar la ruina de su sentencia.

No será por de más preguntar al Angélico Doctor qué sentía de la doctrina de san Agustín en este particular, y cómo la entendía y estimaba. Dícelo bien claramente, haciendo venir á parangón la de otros santos Doctores<sup>1</sup>, de esta manera: «Quiere Augustino, que en el mismo punto de la creación algunas cosas distintas en especie existieran en su propio ser, como los elementos, los cuerpos celestes, los seres espirituales; de otras cosas, como animales, plantas, hombres, tiene que existieron como en semillas, y que después fueron producidas en su propia naturaleza en el transcurso de los tiempos. San Ambrosio y otros santos pretenden que cada cosa por su orden fué producida totalmente en su día, y no potencialmente. Esta sentencia es más común; pero la primera es más razonada y más de mi gusto.» ¿Quién ve en el círculo de estas palabras encerrado el transformismo ó la mudanza de especies? Desarrolláronse los primeros gérmenes, según estos santos Doctores, hubo evolución, mas conforme á la condición de cada semilla, sin metamorfosis ni desorden; echó

Dios de una vez todos los gérmenes, é infundióles virtud para brotar y producir á sus debidos tiempos los efectos que estaban encerrados en su propia facultad. Mas dejemos para otro lugar la prosecución de este argumento.

La confusión de los darwinistas nace del concepto que se forman de la especie. Unos tienen por de una especie aquellos vegetales que participan de un origen común, otros los que son semejantes en las propiedades y caracteres. Sin embargo, desde Buffon hasta Quatrefages admiten los naturalistas que en la noción de especie entran estos dos elementos esenciales: semejanza y filiación; semejanza, en las propiedades individuales; filiación, en la procedencia de un mismo tronco. Si entre muchos individuos de igual filiación se descubren constantemente rasgos distintos, esa divergencia determina la variedad; y cuando la variedad es hereditaria, constituye la raza. «La especie es como el tronco de un árbol, las razas son las ramas», decía filosofando el esclarecido Quatrefages<sup>2</sup>. Mejor y más ajustadamente definió santo Tomás estos conceptos, diciendo: «La generación de los vivientes es el origen que tiene un viviente de un principio viviente conjunto á semejanza de su naturaleza específica<sup>3</sup>». En donde origen expresa la causalidad y filiación; para proceder un ser de un principio vivo ha de estar éste unido íntimamente con la prole. Y añade *in similitudinem nature*, para declarar que la filiación imprime en el engendrado la imagen y semejanza del generante. Ni es preciso que las naturalezas de ambos sean iguales; basta que estén adornadas de atributos comunes. No obstante, añade el Eximio Suárez, «si la naturaleza fuere la misma numéricamente, será la generación mucho más perfecta; mas esa sólo puede con-

<sup>1</sup> L'utilité de l'espèce humaine, l. 1, chap. III.

<sup>2</sup> l. p., q. xxvi, a. 2.

venir á Dios». De aquí es que en el concepto de especie se contiene el de raza y de variedad, según que en otra parte más largamente diremos.

Si á los vegetales hacemos aplicación de estas claras nociones, resulta que una especie de plantas engendra variedades, y que sus variedades dan castas cuando se perpetúan por generación. La col, por ejemplo, comprende cuarenta y siete castas principales, con sus particulares propiedades, sin salir del círculo de la especie. «Esta es la noción fundamental, dice el citado Quatrefages, que en estas cuestiones no debe perderse de vista; por haberla descurrido hombres de reconocido mérito han venido á confundir los hechos más significativos.» Fundado en estos conceptos, prueba este juicioso escritor cómo la especie es cosa real y positiva, y no idea vaga y fantástica; prueba y persuade que la especie es de suyo estable y permanente; defiende que no pueden los días empeorarla ni menos deslustrar su condición; demuestra que el cruzamiento de especies diversas viene á parar en esterilidad; y promete el desconcierto más lastimoso en todo el reino vegetal, si la ley del cruzamiento de las especies ha de prevalecer<sup>4</sup>. «Ahora bien, añade: el orden existe desde la época en que los primeros seres organizados poblaron las soledades de nuestro globo; luego no ha podido establecerse y durar sino es á causa de la imposibilidad que tienen las especies de mezclarse unas con otras por cruzamientos indiferentes ó indefinidamente fecundos... Tomemos una colección de individuos, más ó menos semejantes, capaces de contraer uniones fecundas, y subamos con M. Chevreul hasta su origen. Veremos cómo van separándose en familias, que tienen cada cual su padre y madre: en cada generación

<sup>3</sup> De Anima, l. II, cap. vii.

<sup>4</sup> L'un é de l'esp. humaine, l. 1, chap. iv.

las familias irán decreciendo, y llegaremos, en fin, á una pareja inicial y única. ¿Cada especie principió por una sola pareja? ¿ó parecieron á la vez, ó una tras otra, muchas parejas semejantes morfológica y fisiológicamente? Estas cuestiones no son del dominio de la ciencia: la experiencia ni la observación ofrecen el menor dato para resolverlas. Empero lo que la ciencia puede afirmar es que las cosas han acontecido como si cada especie hubiera tenido por punto de partida un par único primitivo.»

Con este nobilísimo ingenio concuerda aquí el Dr. Suárez, y discurre, casi por los mismo términos, diciendo en esta manera: «Acerca de la variedad ó muchedumbre de especies, conviene todos que fueron producidas todas las especies de árboles, plantas y yerbas que eran necesarias á la perfección del universo, al uso de los hombres y al sustento de los animales; éstas no se producen sino es por propagación de semillas, y éstas no pueden nacer sino en individuos de tales especies; por tanto, fué de necesidad que todas las especies se produjesen en alguno ó en algunos individuos. Cuántos individuos en cada especie produjo Dios es cosa incierta, como también lo es si todas las especies poblaron todas las regiones del universo<sup>5</sup>».

#### ARTÍCULO IV.

El paleontólogo Saporta, haciendo burla de los transformistas, cae en el evolucionismo.—Los evolucionistas carecen de pruebas suficientes y tienen contra sí hartas razones.—Diferencias de transformistas y evolucionistas en esta materia.—Qué resolver sobre el origen de las especies.—Suma de la obra del tercer día.

**D**L conde de Saporta, uno de los más incansables naturalistas modernos, ha dejado en dos tomos descritas las «Plantas jurási-

<sup>5</sup> De oper. sec. dier., l. II, cap. vii.



cas», con toda la diligencia y estudio que era de desear. Aplicando atenta consideración á los terrenos secundarios y terciarios de Francia, expone á la larga la flora fósil en esas épocas señaladas. Las especies conocidas apenas ascienden á 513; son algas 70 de ellas: ¿qué comparación tienen con las 500,000 especies actuales, de las que 150,000 son fanerógamas? Hartas son, y aun muchas en número, vista la increíble dificultad de durar y de llegar sin riesgo hasta nuestro siglo, después de correr tantas suertes de vicisitudes. Pues declara el estudioso Saporta que el carácter predominante de estos organismos es la permanencia de los tipos, tanto en el orden vegetal como en el animal. Á cuatro cabezas reduce las formas de plantas más calificadas: algas marinas, que se dilatan por los mares primitivos hasta el devónico; criptógamas vasculares, que pueblan el devónico hasta el pérmico; gimnospermas, que corren todo el período secundario hasta el cretáceo; angiospermas, que comprenden el cretáceo hasta el cuaternario. Las diligencias hechas por este benemérito escudriñador le indujeron á concluir que las formaciones de plantas jurásicas son de origen marino; que, aunque es poco vario el aspecto vegetal, algunas especies nuevas sucedieron á las antiguas en el jurásico; empero que la época cretácea abrió la puerta al imperio de las monocotiledóneas y dicotiledóneas, prosiguiendo su curso las gimnospermas, que datan del trias. «El conde de Saporta, dice Carlos Grad, nos representa la filiación ó evolución de las diferentes especies, así como nosotros representamos dentro de una misma especie las mudanzas de los individuos. Ahora bien, tenemos dos maneras de explicar las especies: ó salieron unas de otras por vía de filiación, ó súbitamente comenzaron á ser por obra del

acto criador de una voluntad suprema. Hipótesis por hipótesis, la creación independiente se nos muestra más á las claras que la transformación. Demás de que, aunque carezca de demostración experimental el evolucionismo, no excluye la idea de una potencia creadora é independiente de la materia'.

Cuál fuera la opinión de Saporta sobre el transformismo de Darwin, léese claramente en *El mundo de las plantas*<sup>1</sup>, por estas palabras: «La escuela que ha tenido Darwin por órgano clamoroso, se ha personificado en él, como la voz *darwinismo* aplicada á menudo al conjunto de ideas transformistas; pero es más razonable limitar ese dictado á las hipótesis arriscadas é ingeniosas que tan pródigamente ha fantaseado el naturalista inglés.» Á pesar de reconocer Gastón de Saporta los extremos del inglés Darwin, vino á dar en el escollo, como lo indica Grad, que á tantos convida en nuestros días, de explicar por la evolución la hermosura y resplandor del reino vegetal, tomando carrera de los organismos más elementares. Así de los *protistas* (cuerpecillos protoplásmicos) y de los *amibos* (gotitas gelatinosas amorfas) hace descender Saporta los protofitos; de éstos ve nacer las algas, hongos, líquenes; de las algas pondera cuál brotaron los musgos, helechos, equisetáceas, licopodiáceas y demás órdenes que constituyen la rama de las criptógamas, de cuya historia publicó un bello tratado en 1881 que ha merecido los elogios de los sabios.

Mas, ¿en qué razones apoya la evolución de las plantas criptógamas, pues la juzga no por linda teoría, sino por indubitable verdad? Basta leer para sentenciar. «Con razón la *Revista de las cuestiones científicas* censuró en

<sup>1</sup> *Revue scientifique*, 1875, p. 1162.

<sup>2</sup> 1879, p. 50.

1881: la arrogancia de esta hipótesis, siendo apenas probable, se vende por averiguación científica en la obra de Gastón de Saporta. Porque las razones que en ella se dan, cual si se avergonzaran de parecer en público, no respiran otra cosa más que suma desconfianza, y así se presentan arrebozadas con aquel *pudo ser, á buen seguro, debió de suceder, parece, podría bien ser*, y, como dice en la página 101, «es por lo tanto razón creer y natural afirmar que tales plantas debieron de comenzar á parecer», mostrando con estas expresiones bien al descubierto con qué disimulo esconde el autor la falta de probanzas. ¿Quién al leer: «el amibo es evidentemente deudo muy cercano del protobabio de los mares polares y del polibio de las aguas dulces», por quienes comunica con todo un mundo intermedio: «quién que lea estas palabras no deja asomar la sonrisa en los labios? Porque nadie ignora ya que la historia del protobabio es donosa novela. Y no son pocas las veces que la fe ha de rendir su dócil cuello á estas ó semejantes palabras: *No sabemos la causa de ellos, ignoramos el por qué, la razón se nos oculta*. Pues luego, ¿quién hay que alcance cómo á la sombra de tan ingenuas confesiones, y á despecho de tan humillantes declaraciones, el autor prosigue intrépido asentando piedras en la arena, fabricando torres de viento y edificando el reino vegetal, como se pudiera un palacio en las nubes?

Otros escritores en verdad han echado por el mismo sendero. Wallace, Mivart, Proost, D'Homalius y otros contemporáneos, caminando en pos de un transformismo mitigado, ajeno de resabios materialísticos, después de romper muchas lanzas con la evolución espontánea ó transformismo

<sup>1</sup> P. 599.

<sup>2</sup> P. 26.

crudo, creyendo hacer honra á la sabiduría del Criador, si sustentaban que otorgó á las plantas la virtud de mudarse de bien en mejor, de vestir á otras de sus mudanzas y de engendrar alteraciones notables del reino vegetal. No nos detendremos aquí en combatir el evolucionismo: ocasión nos ofrecerá de hacerlo el reino animal. Baste por ahora indicar someramente las tachas siguientes: primera, los climas, cultivo, alimentación modifican poco la especie, á lo más producen diversidad de castas; segunda, entre especies muy varias no existen intermedios, según la paleontología lo enseña, y deberían ser sin número si fuesen ellas por grados transmudándose; tercera, en la serie paleontológica tenemos formas nuevas que no emparentan con formas anteriores; cuarta, familias enteras de plantas, en vez de perfeccionarse, bastardean y se corrompen; quinta, los cruzamientos, si son artificiales, engendran razas híbridas, estériles, mas no tienen lugar espontáneamente por las mismas especies; sexta, la selección natural es insuficiente para explicar las vicisitudes del reino vegetal fósil. Del poder de estos argumentos se infiere que la permanencia y estabilidad de la especie ha de prevalecer y llevar las ventajas en medio de las diferencias que la serie paleontológica señala.

La opinión de los evolucionistas no es la de los transformistas Moleschott, Büchner, Vogt y Czolbe, que se arrojan á publicar que cada orden de vivientes perfectos deriva espontáneamente de una célula primitiva, fecundada por los rayos de la luz; mas el desparramar la consistencia de las especies y entregarla á manos del ciego porvenir es peligrosa temeridad. Tampoco ha de confundirse el transformismo de los materialistas con el de Dar-

<sup>1</sup> *Revue scientifique*, 1874, p. 717.



win, porque éste siquiera admitió que los gérmenes primitivos criados por Dios habían recibido de su poderosa mano el primer impulso, y empezado á transformarse al imperio de su voz. Con razón decía M. D'Homalius que el darwinismo cometía el desacierto de hacer mucho caudal de las insignificantes modificaciones que ahora vemos en los seres organizados, y luego por el tenor de ellas ras treaba el desenvolvimiento general de la vida. Cayó él en el mismo precipicio que en Darwin advertía, aunque iba por otro camino. Darwin presuponia que las causas físicas y geológicas han obrado siempre con el mismo vigor; D'Homalius introducía causas extraordinarias, que habían influido con eficacia más poderosa: Darwin pensaba que el mundo proseguía siempre moviéndose progresivamente; D'Homalius, que había entrado en sosiego cuanto al orden de nuevas producciones: Darwin imaginaba una dilatación sucesiva y perenne, comenzando por los seres más elementales; D'Homalius, dando por hechos los reinos orgánicos desde un principio, imaginaba en cada orden muchedumbre de transformaciones, causadas por circunstancias incidentales. «Pareceme, dice, más probable y más conforme á la eminente sabiduría del Criador, el admitir que al paso que concedió á los vivientes la facultad de reproducirse, también los dotó de la propiedad de modificarse según las circunstancias.» Así hablaba á la Academia de Ciencias de Bruselas en 1874. Por más que se esforzó en deshacer los grandes reparos que se le oponían, sus respuestas dejan mucho que desear y quitan á su opinión todo el vislumbre de probable, como más adelante veremos.

Ahora, supuesta la estabilidad de las especies vegetales, que no parece pueda ponerse en duda, tres son las exposiciones más dignas de atención

que se han excogitado para explicar su origen y propagación. La primera es que el Criador produjo de materia inorgánica todas y cada una de las especies de por sí. Ningún inconveniente puede haber en abrazar esta explicación: al poder de Dios tócale intervenir en la fábrica del mundo y de sus principales reinos, sacando de la materia grosera é inerte, por su divina virtud, obras maravillosas y dignas de su sabiduría, cual son ciertamente las plantas. La segunda es que el sumo Hacedor empleó especies inferiores para engendrar las superiores, ora depositase en aquellas óvulos propios de éstas, que por las inferiores fuesen fecundados y desenvueltos; ora levántase los ovarios de las imperfectas á un grado más alto de virtud, haciéndoles hábiles para dar á luz más noble y excelente generación. La tercera manera es que dentro de los límites de una especie se ejecutó una suerte de metamorfosis, ascendiendo cada especie particular de su estado imperfecto á mayor grado de perfección: progreso de lo imperfecto á lo perfecto, muy conforme á razón y á experiencia; pues que las diligencias de los paleontólogos nos presentan casos notables, que parecen indicar mudanzas de forma dentro de los linderos de la misma especie vegetal. Cualquiera de estas exposiciones, ya que ninguna carezca de dificultades, por asentar la firmeza de la especie, que es base sólida y segura, merece más aceptación que las de evolucionistas y transformistas. Por nuestra parte, damos la preferencia á la opinión propuesta en el capítulo xxiii<sup>1</sup>, por ser la menos ocasionada al tumulto de disputas, y la que mejor declara el apareamiento y el exterminio de las especies más antiguas, y juntamente la venida y la conservación de las modernas.

<sup>1</sup> P. 178-88: *Instit. philos.* l. III, dis. t. 1, sect. II.  
<sup>2</sup> A. t. III.

El reino vegetal fué el primero que introdujo en el mundo la vida: vida tosca, pero infinitamente superior á la garbosa tosquedad de los cristales; porque para que un cristal floreciese y fructificase, todo el poder de Dios era menester; de suyo no podía levantarse á tanta eficacia sin salir de su natural esfera. Inauguróse en la tarde de los terrenos primarios, y dominó hasta la mañana de los terciarios, componiendo un día de larguísima duración; ó, si queremos acomodar con más propiedad las palabras mosaicas, el devónico fué la tarde en que comenzó la tierra á poblarse de yerbas, creció la vegetación en el carbonífero, y en la mañana del eoceno los frutales tomaron posesión de los continentes.

En este reino da principio la hidalguía de los vivientes. La vegetación forma una inmensa categoría de seres divinamente establecida, fuera de la categoría inorgánica. El alma, principio formal, no es la florescencia espontánea de las virtudes materiales; es, sí, una síntesis de todas las virtudes materiales coronada por un principio nuevo que las resume, enlaza y perfecciona, produciendo, no una huella, sino una semejanza, si bien imperfectísima, de la divina fecundidad. En Dios está con eminencia el bien de la fecundidad; sin salir de sí comunica todo su ser; pero ha querido en este tercer día hacer partícipes de su infinita virtud á seres viles para que derramasen la propia substancia, comunicándola á otros sin salir de su propia especie.

«La vida está en la voluntad de Dios», cantó el real Profeta. La vida de las plantas nació de la divina voluntad. Al establecerla Dios decretó valerse de substancias humildes, y señaló diversos órdenes de poderes,

<sup>1</sup> *Revue des quest. scientif.*, 1877, p. 58.

<sup>2</sup> *Psalm.* xxxi, 6.

sellándolos con la marca de su omnipotencia. Al ser más vil tócale el poder vegetativo: revestido del divino poder, fué hecho padre, principio de unidad, de progreso, de orden, de bienandanza, en nombre de aquel «de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra». El reino vegetativo está, pues, todo entero en las manos de Dios; su dependencia es la que le hace vivir; Dios, que tiene la llave de la vida, abre y brota opulenta la gracia, el concierto, la hermosura. Al contemplar el Hacedor la lindeza de esta obra, se deleita y goza en mirarla; se da á sí mismo el parabién viendo cuán buena y rica es. Como la madre, que ve nacido el primogénito de su vida, le abraza con ternura; así Dios, al considerar el primer grado de la jerarquía viviente, se deshace de gozo y de júbilo, porque cesó la antigua esterilidad y sucedió la fecundidad.

Suceso nuevo, extraordinario. La esterilidad fué hasta el presente indicio de imperfección, señal clara de la incapacidad de los seres. El reino mineral, por rico y abundante que haya sido en los dos primeros días, careció del incomparable privilegio de la vida. Cotejado con el vegetal es rústico, solitario, defectuosísimo, por faltarle las galas de la fecundidad. Lo perfecto, lo alto, lo noble, anda siempre acompañado con lo fecundo. La generación es comunicación de bienes, orden en la variedad, hermosura en la semejanza, prenda de alegre porvenir, sello de inmortalidad, regocijo de todos los seres. Si, pues, vemos florecer la vida en el tercer día mosaico, y difundirse y avivarse más con el andar de los tiempos, entendamos que el mundo va saliendo de su rudeza y ataviándose de hermosura, y Dios dando pruebas más ciertas de su inefable bondad.

<sup>1</sup> *Ephes.*, III, 15.

<sup>2</sup> D. THOMAS: *II.º II.º*, quest. civ. 2.º 4.